

Madeleine Thien

El libro de registros

Traducción del inglés de Vicente Campos



Galaxia Gutenberg

MADELEINE THIEN

El libro de registros

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg



Canada Council
for the Arts

Conseil des arts
du Canada

La traducción de esta obra ha recibido una subvención de
Canada Council for the Arts.

Título de la edición original: *The Book of Records*
Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2026

© Madeleine Thien, 2025
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Vicente Campos, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14650-2026
ISBN: 979-13-87605-67-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares,
aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español
de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

En memoria de Y-Dang Troeung, 1980-2022

Yo llego a ser Yo en el Tú; al llegar a ser Yo, digo Tú.
Toda vida verdadera es encuentro.

MARTIN BUBER, *Yo y Tú*,
trad. Carlos Díaz, Madrid,
Caparrós Editores, 1993

Primera parte

LINA

I

Hace medio siglo, durante la temporada de lluvias, cuando yo tenía siete años, mi padre y yo llegamos al Mar. Ya había anochecido y los edificios eran de un cristal de colores frente a la noche. Recuerdo que desembarcamos en el agua, cruzamos la arena y entramos por una puerta pálida del Mar. Dentro, los salones eran ruidosos y hacía calor, había gente por todas partes y yo quería fugarme al aire libre. Pero mi padre encontró una sala en la que nosotros y otros pudimos refugiarnos. Durante un día, o incluso puede que dos, fui capaz de dormir.

Cuando me desperté, vi a mi padre ante la ventana, hipnotizado por algo que yo no podía ver ni oír. Su suéter amarillo resplandecía en la noche azul.

Al cabo de unos días, la gente a la que habíamos conocido en el viaje empezó a marcharse. Se amontonaban en pequeñas barcas, que los llevaban hasta cargueros que, poco a poco, se perdían más allá del horizonte. Pero nosotros nos quedamos. Mi padre había estado enfermo y necesitaba tiempo para recuperarse. La semana siguiente, decía, o la posterior, partiríamos de nuevo y nos reuniríamos con quienes habían salido antes.

Cerca de la playa, junto a una puerta conocida como West Gate, las habitaciones estaban repletas, pero, más lejos, descubrimos unos edificios abandonados. Cada noche penetrábamos más hacia el interior del enclave. Según los rumores, ese lugar se había construido como puesto militar avanzado. El imperio al que pertenecía se había desmoronado y el puesto, a

lo largo de siglos, había quedado fuera de control de los países cercanos, y se había convertido en tierra de nadie. La gente que necesitaba desaparecer o que no tenía otra nación empezó a refugiarse aquí; construyeron viviendas encima de otras viviendas, hasta levantar cientos de edificios que parecían envolverse unos alrededor de otros, e incluso a través de otros. Esa gente bautizó a su hogar como el Mar. Pero eso fue hace mucho tiempo, y los primeros habitantes, que llegaron a ser sesenta mil, se habían esparcido por lugares desconocidos.

Ahora había edificios enteros que habían quedado desiertos, con los tejados desplomados por las tormentas. Algunos transmitían una sensación de noche permanente; otros se transformaron en vecindarios bulliciosos, que cobraban vida fugazmente cuando los ocupaban las familias que llegaban y partían juntas. En más de una ocasión, mi padre y yo caminamos durante horas, sin girarnos ni volver sobre nuestros pasos nunca, pero, de algún modo, volvíamos a encontrarnos en West Gate. Era imposible. Aprendimos que la forma más sencilla de recorrer el enclave era avanzar sobre los tejados, un mosaico que constituían una especie de carreteras a través del Mar.

Una tarde, exploramos una escalera que parecía ramificarse hacia sí misma. Me daba la impresión de que, si me daba la vuelta, me encontraría detrás o incluso encima de nosotros, como si estuviera cayendo a distintas velocidades. Maravillada, le pregunté a mi padre:

—¿Dónde estamos ahora?

Miró por una ventana redonda.

—En el perímetro septentrional, creo..., pero no estoy seguro.

—¿Por qué tiene este aspecto?

La escalera, pese a ser maciza, despedía una sensación de aire o vacío.

Mi padre examinó las paredes alicatadas de verde.

—Es otro tiempo.

—¿Como otro huso horario?

—Algo por el estilo. La masa de agua del exterior, Lina, ¿qué es?

—El mar de China Meridional.

Mi padre asintió.

—Eso creo yo también. Pero otros podrían decirte algo distinto.

Esa noche conocí a una pareja que vendía telas de algodón. Cuando les pregunté qué veían desde su ventana, el hombre contestó:

—El mar Báltico. Reconocería ese azul en cualquier parte.

La mujer me observó con recelo y no respondió.

No me di por vencida, y entablaba conversaciones con cuantos me cruzaba, siempre virando hacia esa pregunta. La mayoría me dedicaba una sonrisa compasiva, como si esa fuera la única pregunta que pudiera plantear una joven que estuviera fuera de la realidad. Pero otros vacilaban, como si yo los estuviera retando a contar una mentira descarada o a contener un río entre sus manos ahuecadas. Una mujer golpeó el suelo con su bastón y resopló:

—Es el río Atrai, en el punto donde sus aguas llegan al valle del Depha. ¿Es que no os enseñan geografía a los niños?

Otra, aburrida, dijo:

—El Atlántico, ¡qué otra cosa iba a ser!

No me crucé con nadie que tuviera la intención de permanecer allí más tiempo del necesario. El Mar no era más que una escala en el camino hacia un lugar mejor.

A nuestro alrededor, las aguas raramente estaban en calma. Olas convertidas en montañas convertidas en valles: era el lomo de una enorme criatura cuyas escamas formaban ondas en el cielo. Una sombra azul flotaba en el horizonte, y yo creía que debía de ser el país que habíamos dejado atrás. Mis recuerdos de la ciudad de Foshan ya se estaban desvaneciendo. Cuando intentaba recordar las caras de mi madre, mi tía y mi hermano mayor era como si alguien me tapara los ojos.

Pasaba horas contemplando el horizonte, buscando una respuesta. Finalmente, le pregunté a mi padre:

—¿Adónde pertenecen estas aguas? Si no es el mar de China Meridional, entonces ¿qué es?

—Ya te lo he dicho. Los edificios del Mar están hechos de tiempo.

Yo tenía siete años. Sabía que me estaba tomando el pelo y, también, que estaba siendo sincero.

Él intentó explicarse. Me contó que lo entendería todo si cogía un trozo de cuerda y la enlazaba alrededor y a través de sí misma para hacer un nudo de doble moneda. Examiné su cara macilenta, sus gafas con montura negra manchadas de polvo, su pelo revuelto que, en cuestión de meses, se había vuelto completamente gris.

—La cuerda es tiempo y el nudo es espacio —concluyó—. Pero ambos son lo mismo, ¿ves?

Alguien repiqueteó en nuestra puerta. Apareció un hombre vestido de beis de pies a cabeza. Iba acompañado de cuatro niños pequeños, agarrados como alas a cada parte de su cuerpo. El hombre dijo que necesitaba ayuda para reparar la cisterna de un tejado contigo. Desapareció escaleras abajo y su voz se alzaba como un eco:

—Es una catástrofe para la gente como usted y como yo. Un final. Pero los niños se adaptan con más facilidad. En estos tiempos, su suerte radica en su ignorancia.

Llevábamos un mes en el Mar cuando descubrimos una zona que parecía mejor mantenida que las demás. En la planta más alta, arriba del todo del edificio, al final de doce estrechos tramos de escaleras, había una habitación amueblada con dos ventanas. El sol entraba por el norte y el oeste, y se encontraba, como dos ríos, en mitad del suelo.

—¿Qué te parece?

Yo estaba de pie en medio de una explosión de luz solar.

—Las cortinas rojas son bonitas.

Mi padre me dijo que me quedase ahí mientras él iba a recoger nuestras cosas.

La habitación tenía una mesa, una cama, un sofá Chester y una estantería baja. Me subí a la mesa y salí del campo de visión. Fuera había tormenta, pero la gente esperaba al aire libre con tozudez, por no perder su sitio en la arena. Cuando llegaron las barcas, las familias tuvieron que pelear para poder entrar; su mayor temor era acabar separados. Pasó el tiempo, y el mundo se ablandó como una mancha bajo la lluvia. Todas las barcas se llenaron y partieron. Aparecieron los chatarreros para buscar tesoros abandonados y la orilla no tardó en quedar limpia. El sol resplandecía. Por fin regresó mi padre, cargado con nuestras pertenencias. Me contó que había tomado el camino más directo por encima de los tejados, pero, aun así, había tardado más de una hora caminando desde aquí hasta West Gate.

Señalé al horizonte.

—Allí —dije, incapaz de contener mi alivio—. Mira qué cerca está Foshan. Justo detrás de aquel barco.

Mi padre miró hacia allí.

Lo único que había que hacer era permanecer completamente inmóviles y dejar que el pasado nos alcanzara. Eso era lo que yo quería decir, aunque no tuviera las palabras.

—Eso no es Foshan —dijo—. Ni siquiera es tierra firme. —Exhausto, se dejó caer en una de las sillas—. Lina, no te inquietes. Nunca te darás por satisfecha si no eres capaz de separar lo que quieres de *lo que es en verdad*. Este mundo no es lo que tú desearías que fuera; este mundo es más de lo que podemos siquiera imaginar. Y a veces pienso que es más de lo que merecemos.

Se sonrojó. Su enfermedad, cuando se manifestaba, le provocaba dolores punzantes en el pecho. Su cuerpo entero se encorvaba hacia delante, como si quisiera protegerse a sí mismo.

Avergonzada, corrí a buscar un vaso de agua.

Esa noche deshicimos las maletas; solo tardamos unos minutos. Papá colocó nuestros tres libros en la estantería, junto al pelador de verduras y el cuchillo de carnicero, al lado de la foto familiar. Casi han transcurrido cincuenta años desde entonces hasta ahora, pero sus palabras me asaltan como una advertencia: *El mundo que merecemos. El mundo que podemos imaginar*. Son un mapa y un aviso mientras intento, una vez más, encontrar el Mar.

En Foshan, mi padre, ingeniero de sistemas, se encargaba de las estructuras del ciberespacio. Trabajaba para el gobierno y, más tarde, contra él. Nunca hablaba de mi madre, de mi tía ni de mi hermano. En lugar de eso, me contaba repetidamente que el exilio había sido una bendición porque nos habíamos liberado de un imperio en ruinas, un salón de espejos en el que las buenas personas podían traicionarse a sí mismas sin llegar a darse cuenta.

—A partir de ahora —le gustaba decir—, no desperdiciaremos ni una sola hora. Pertenecemos a un nuevo mundo.

Tras este discurso, papá se ocupaba de cuanto había en nuestra habitación: una mezcla de objetos preciosos de Foshan y cosas útiles que habíamos recogido por el camino: el mantel verde que había tejido la tía Oh, la colcha con su estampado de las constelaciones del sur, una bolsa de ropa, cuatro platos, dos tazas, etcétera.

Espero que, incluso ahora, el hermoso mantel y la colcha enriquezcan las vidas de otra familia. Cuando dejé el Mar, me llevé solo lo que no podía dejar atrás. Los cuadernos de mi padre, por ejemplo, con sus fórmulas y textos, sus portadas estampadas con el logo púrpura de la Universidad Tsinghua y su lema: «Autodisciplina y Compromiso Social». También conservé la única fotografía de familia que me quedaba. En ella, mi hermano Wei finge ser un robot; mi padre rodea con el brazo a la tía Oh, que se apoya en su bastón, y mamá sostiene

en un brazo una maceta con una planta, y a mí en el otro. Wei tiene nueve años y yo, seis. Al examinar la foto, puedo sentir la calidez fantasmal del tacto de mi madre, y la forma en que su pulgar me acaricia distraídamente el hombro. En el cielo sobre nosotros, la blanca cúpula del Salón del Pueblo del Área de la Gran Bahía se curva como una concha.

En la planta duodécima del Mar, esta foto había estado en nuestra estantería, junto a los tres únicos libros que habíamos traído. Los libros habían formado parte de una colección de noventa volúmenes, *Grandes vidas de viajeros*, que había obseccionado a mi hermano. Los dos habíamos pasado muchas horas recreando sus aventuras. Wei me daba papeles difíciles –señor de la guerra, consejero, tigre– y ambos luchábamos hasta derribarnos, gritábamos maldiciones, comíamos banquetes, y nos enzarzábamos en pruebas de valor que desafiaban a la muerte. Mi hermano me leía hasta que me quedaba dormida cada noche, incluso me describía las ilustraciones si se me empezaban a cerrar los ojos. Bajo su voz, yo entraba y salía del sueño. Cada libro de la serie se abría con el mismo epígrafe:

Como se le prohibía darles las gracias por todo lo que habían hecho por él, les dejaba lo único que le quedaba ya y que, no obstante, era lo más hermoso: la imagen de su propia vida.

Cuando abandonamos Foshan, papá había empaquetado los volúmenes 3, 70 y 84. Yo deseaba que mi padre hubiera cogido el número 1, sobre Zheng He, el navegante de la dinastía Ming. O el 23, sobre el incansable viajero Ibn Battuta. Las ilustraciones de aquellos volúmenes todavía resplandecen en mi memoria. Y, dada su propia pasión por la ciencia, ¿por qué no había elegido el número 6, Albert Einstein, o el 11, que versaba sobre la invención del álgebra? Incluso ahora, todavía oigo a mi hermano leyendo la primera línea: «Pocos son los detalles de la vida del persa Al-Juarismi que se conocen con certeza». Mi padre alegaba que, en el caos de la huida, ni si-

quiera había mirado los títulos. Había descartado los volúmenes más desgastados, cogiendo los que le parecieron intactos o apenas leídos; por lo demás, la elección había sido puramente accidental.

En las semanas posteriores a nuestra salida de Foshan, mi padre me leyó esos libros en orden. El número 3 trataba de Du Fu, el poeta. El número 70, de Baruch Spinoza, un filósofo. El número 84, de Hannah Arendt, una escritora. Papá decía que esas personas habían sido, en diferentes épocas, objeto de fascinación en la República Popular China. *Grandes vidas de viajeros* contenía unos mapas desplegados de treinta centímetros de largo. Los capítulos te mantenían en vilo con descripciones de huidas por los pelos, devastadoras penas del corazón, intentos de asesinato y traiciones espantosas. A veces, mi padre interrumpía la lectura y decía: «Esto no puede estar bien». O estallaba en risas, se palmeaba la rodilla y decía: «¿Quién se inventa estas cosas?». Cuando me quejé de que el número 70 apenas salía de su ciudad, mi padre dijo que los viajes no consistían solo en cruzar mares y explorar el espacio, sino que también había viajes de la mente.

En la solapa, la serie prometía que si leías todos los volúmenes, te convertirías en una persona culta. Yo ansiaba tener los demás libros con una especie de feroz avidez.

Pero era verdad lo que mi padre había dicho: salir de Foshan había resultado caótico. Primero habíamos huido en coche y luego, en barco, saltando de una ciudad sitiada a otra. Vi cosas que el tiempo no ha borrado. El anciano que había perdido a todos los suyos salvo a un pájaro blanco que conocía cientos de palabras y que evocaba con él a sus familiares. Nunca supe cómo se llamaba el hombre pero recuerdo que el pájaro atendía por Bohu. Una mañana, el hombre se despertó y descubrió que alguien había abierto la jaula, había intentado robar la criatura y, al no conseguirlo, la había dejado moribunda. El anciano se encolerizó y gimió como si llamara a su único hijo entre las ruinas. O aquel chico, Reza, que tocaba el santur, un

tipo de cítara que era como un *guzheng*, pero con un espíritu completamente distinto. Era capaz de rasgar las cuerdas a tal velocidad y con tanta belleza que la música creaba mundos más reales que la propia tierra. El chico desapareció y lo dieron por ahogado. La gente desmontó el instrumento musical. Se pelearon por la madera y las cuerdas, y por todas las piezas decorativas con forma de rosa. Al cabo de unas semanas, el chico regresó, con un nombre completamente distinto, y no parecía recordar que hubiera sido músico alguna vez. Pero un día vio una de las rosas del santur en un collar que lucía una joven. El chico se lo arrancó del cuello con tal violencia que ella gritó de dolor. Cuando la chica forcejeó para recuperar su collar, él cayó de rodillas y empezó a gemir, pero, aun así, no cedía, sin importarle lo que los demás dijeran o hicieran. Lo cierto era que casi todos estaban más desamparados que nosotros. Para interrumpir mis preguntas –«¿va a venir mamá a reunirse con nosotros?», «¿dónde está Wei?», «¿nos persigue alguien?»–, papá me leía. Él fingía que, al igual que en *Grandes vidas de viajeros*, nosotros participábamos en las aventuras más importantes de nuestro tiempo. Esos libros de cubiertas azules eran una red que nos mantenía suspendidos fuera del presente. Más adelante, cuando fui capaz de leerlos por mi cuenta, descubrí que mi padre había añadido episodios que no estaban en los libros. Se había inventado cosas y, de ese modo, había ralentizado el tiempo, asegurándose de que, independientemente de lo mucho que durara el viaje, nunca nos quedaríamos sin historia, sin importar lo verdadera o imprecisa que fuese.

Durante el primer año que pasamos en el Mar, los edificios que rodeaban West Gate se llenaban y se vaciaban. Al principio, había una escuela improvisada, dirigida por la Asociación Benéfica de Foshan, hasta que finalmente se disolvió y fue sustituida por otro grupo, también temporal. Los niños y yo nos

inventábamos juegos y nos contábamos unos a otros épicas historias de fugas y huidas. Decíamos que, sin duda, volveríamos a encontrarnos: todas las carreteras convergían y este no era más que un peldaño en la escalera de salida. Todo el mundo insistía en que el Mar era un lugar inexistente. A menos que uno fuera demasiado viejo para continuar o estuviese demasiado enfermo, como mi padre, todos se iban de inmediato, agradecidos de poder marcharse.

Durante el segundo año, empecé a trabajar como recadera y asistente. Poco a poco dejé de frecuentar la escuela. Durante algunos periodos, no había profesores ni libros, y yo envidiaba a los otros niños, que partían. Me consolaba amando el Mar. El enclave tenía pasillos hechos de pasillos, y mi padre y yo nos topábamos con nuevas zonas cada poco. Yo recogía objetos conocidos –filtros de agua, repuestos para generadores, ropa de segunda mano y cosas así– y también objetos extraños, cosas misteriosas para mí, hasta que me cruzaba con alguien deseoso de comerciar con ellas: bloques de madera para imprimir papel y tejidos, un inclinómetro, una sartén para escalfar huevos, un escritorio de viaje, y, una vez, una figurita de un guardián de tumbas. Al aire libre, en las playas, además de algas y vida marina, el mar arrastraba alimentos y objetos útiles. Yo me sentía orgullosa de cumplir una función, de comerciar con lo que reuníamos a cambio de medicinas y productos básicos necesarios, y de ganar dinero haciendo toda clase de tareas. Aprendí a fabricar papel con restos de cartón y fibras de algodóncillo. Se necesitaba papel para todo: desde cartas a cigarrillos, trapos o combustible, y era raro encontrar un libro intacto, ni siquiera una vieja revista.

Mi padre decía que, después de la siguiente estación de las lluvias, también nosotros partiríamos. Año tras año, repetía esa promesa. Padecía de insuficiencia cardíaca, una enfermedad que, me aseguraba, podía tratarse con descanso y tiempo. Yo no dudaba de él. Con todo, había días en que las palpitaciones eran tan fuertes y su cuerpo parecía tan débil que no se

levantaba de la cama. Mi padre era una anomalía en el Mar: lo bastante joven para seguir adelante, y pese a ello, incapaz de hacerlo.

Últimamente, he vuelto a tener un sueño que me visitaba con regularidad en la infancia. El paso del tiempo no lo ha desvanecido, lo que me parece a la vez inquietante y llamativo.

En el sueño, mi madre y yo vamos en un tren que avanza en paralelo al río de Foshan. El tren está abarrotado hasta un punto insoportable. Por razones que nunca llego a saber, el tren parece elevarse. Me veo arrancada del suelo y lanzada hacia delante. Mi madre me agarra del brazo pero yo sé que la multitud nos aprieta hacia el olvido. Mi madre me agarra con una fuerza sobrehumana, pero yo soy la que se separa: se me rompe el hombro con un chasquido y empiezo a gritar. Estoy mirándola a los ojos cuando ella me suelta. Ese es el peor momento. Y entonces, de algún modo, alguien me arranca desde el aire y echa a correr conmigo. Estoy abrumada por el dolor, la confusión y también la esperanza, porque estoy volando. El tren ahora es el viento y en ningún momento llego a ver a ese desconocido. Durante esta larga huida, el sueño se interrumpe bruscamente y me despierto con un sobresalto. Cuando me toco los brazos y los hombros, temiendo sentir moratones o huesos fracturados, no descubro nada. Pero durante unos preciosos y exiguos momentos, y a pesar del dolor, percibo a mi madre sosteniéndome y, simultáneamente, la sensación de volar.

Cada vez que tengo ese sueño, me despierto y miro a la oscuridad, llorando, pero no de miedo sino por un amor irreducible. ¿El sueño trata de un final o de una salvación? ¿Es un recuerdo o una premonición? Oigo a mi hermano leyéndome para que me duerma, y tengo la convicción de que estamos a punto de volver a encontrarnos.

Un día, estaba estudiando *Grandes vidas de viajeros*, que ya había leído tantas veces que era capaz de recitar pasajes ente-

ros de memoria. Para entonces, llevábamos viviendo en el Mar tres años y yo estaba a punto de cumplir diez años. Una luz rosada caía sobre el volumen que sostenía en la mano, el número 84. En el interior de la cubierta, mi hermano Wei había escrito la palabra «viaje» una y otra vez:

航海
航海
航海

Los caracteres, inclinados y oscilantes, unían las palabras *háng* y *hǎi*, «navío» y «océano».

Se lo enseñé a mi padre.

—¿Los viajes siempre tienen que ver con el océano?

Él estaba trabajando en sus fórmulas y sus demostraciones zigzagueaban a lo largo de la página.

—No siempre, aunque la vida humana solo es posible gracias al agua.

Se subió las gafas a la frente y se pellizcó el puente de la nariz.

—Tu hermano me dijo una vez que la tierra está formada por agua en tres cuartas partes, e incluso que una persona es principalmente agua.

—¿Y él cómo lo sabía?

—Lo aprendería en la escuela, supongo.

—Suená bonito.

Mi única posesión eran esos tres libros, que mi padre afirmaba que estaban llenos de exageraciones, errores y simples mentiras.

Irritado, dijo:

—Yo te enseño cosas a todas horas.

Sostuve en alto el volumen 84 y le mostré que las páginas se estaban cayendo.

—Has tenido una vida tan llena de obstáculos que podrías ser un héroe en *Grandes vidas de viajeros*.

Yo sabía que mi padre habría sido huérfano si no hubiera sido por la tía Oh. Ella lo había acogido cuando él tenía nueve años, y había sacrificado todo para darle una educación. En Pekín, él había estudiado Ingeniería de sistemas, y había completado su doctorado en la Universidad Tsinghua, a los veinticuatro años. El gobierno lo contrató cuando todavía era un estudiante.

—He vivido algunos momentos dramáticos en mi vida, pero eso no es lo mismo que vivir una gran vida. ¿Qué es una vida buena? ¿Una sucesión de proezas? Me refiero a si una existencia célebre es lo mismo que una buena.

Arañó con el lápiz la lisura de la página.

—Y bien —dije yo finalmente—, ¿lo es?

Mi padre levantó la mirada, como si le sorprendiera que estuviera todavía allí. Con impaciencia, pasó la página y todos los números desaparecieron.

—¿Qué es algo grande? ¿Qué es algo bueno?

La palabra «bueno» repiqueteó como una moneda en un plato de metal.

—La verdad es, Lina, que yo soy la última persona que podría explicártelo. Así que ¿es *bueno* este padre?

Con suavidad, como si lo hiciera contra su voluntad, arrancó la página suelta de su cuaderno y la dejó a un lado. Yo sabía que más me valía no seguir presionándolo.